

# ¡Asómbrate!

*Ante las maravillas de Dios*



R. C. SPROUL JR.

¡Asómbrate!



# ¡Asómbrate!

*Ante las maravillas de Dios*

R. C. SPROUL JR.



*Tyndale House Publishers, Inc.  
Carol Stream, Illinois, EE. UU.*

Visite Tyndale en Internet: [www.tyndaleespanol.com](http://www.tyndaleespanol.com) y [www.BibliaNTV.com](http://www.BibliaNTV.com).

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

*¡Asómbrate!: Ante las maravillas de Dios*

© 2013 por R. C. Sproul Jr. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2012 como *The Call to Wonder: Loving God Like a Child* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-5994-6.

Fotografía de la portada de las manos tomada por Stephen Vosloo. © por Tyndale House Publishers. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada de la mariposa © Ocean/Corbis. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2010 por Ligonier Ministries. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jacqueline L. Nuñez

Edición del inglés: Susan Taylor

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Mafalda E. Novella

Publicado en asociación con la agencia literaria de Wolgemuth & Associates, Inc.

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos indicados con RVR60 han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera 1960. © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Versículos bíblicos indicados con RVA han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera Antigua.

---

#### Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Sproul, R. C. (Robert Craig), date.

[Call to wonder. Spanish]

¡Asómbrate! : ante las maravillas de Dios / R.C. Sproul Jr.

pages cm

“Originalmente publicado en inglés en 2012 como *The Call to Wonder: Loving God Like a Child* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-5994-6.”

ISBN 978-1-4143-7848-0 (sc)

1. Christian life. 2. Faith. I.Title.

BV4501.3.S665518 2012

248.4—dc23

2012042000

---

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

17 16 15 14 13 12 13  
7 6 5 4 3 2 1

# Contenido

Agradecimientos *ix*

Introducción *xi*

1. Sorprendido por Dios *3*
2. Las características de la inocencia *17*
3. El llamado a confiar *31*
4. El llamado al asombro *55*
5. El llamado a agradecer *77*
6. El llamado a nuestro Padre *99*
7. El llamado a la madurez *117*
8. El llamado a la alegría *143*
9. El llamado a la presencia de Dios *169*

Acerca del autor *189*



# Agradecimientos

DE MUCHAS MANERAS, este libro nació de la crianza de mis hijos. Es decir, quiero compartir con otros las lecciones que he aprendido de mis ocho hijos. El agradecimiento, entonces, tiene que comenzar con mi querida esposa. Mientras que mis hijos me demuestran cómo maravillarme, mi esposa *es* una maravilla. Las gracias también corresponden a cada uno de mis hijos. Cada uno de ellos es una alegría en nuestras vidas.

Sin embargo, no todos mis maestros son niños. Debo agradecer a dos de mis profesores universitarios, al doctor Andrew Hoffercker y al doctor James Dixon. Estos dos caballeros, pacientemente, le enseñaron al que alguna vez fuera el racionalista presbiteriano de corazón frío que el corazón de la fe cristiana es un corazón transformado, que el pensamiento sólido debe trasladarse de nuestra mente a nuestro corazón, y luego a nuestros dedos.

Aún mayores fueron los maestros que mis maestros me presentaron. Gilbert Keith Chesterton y Clive Staples Lewis aún me informan e inspiran. Cada uno, a su manera, respondió



a la cosmovisión mecánica del modernismo/naturalismo no con argumentos fríos y abstractos, sino con palabras vivas, arraigadas en la Palabra viva. Cuando el cinismo llama a mi puerta, sé que la lectura de cualquiera de estos dos grandes hombres lo mandará de regreso.

También debo agradecer a mis colegas por ayudarme a llevar una pesada carga, y a mis estudiantes del Reformation Bible College, por su celo.

Estoy profundamente agradecido con Robert y Erik Wolgemuth, por su servicio valioso al dirigir, estimular y facilitar este proyecto. Es una gran bendición tener gente en nuestra esquina. De la misma manera, quiero agradecer a Susan Taylor y a Jon Farrar de Tyndale House. Su buen trabajo y tranquila actitud hicieron que este proyecto fuera una alegría.

Finalmente, Palestrina y Pachelbel, The Wintons y Sara Watkins, Andrew Peterson y Nathan Clark George proporcionaron la banda sonora de este libro.

*R. C. Sproul Jr.*

*Día de Acción de Gracias 2011*

# Introducción

SIMPLEMENTE, esto no tendría que haber ocurrido. Tiendo más a ser una persona que piensa que una que siente. Así que, esa mañana, me tomó completamente por sorpresa el encontrarme llorando incontrolablemente. Si me hubieras preguntado esa mañana, sin duda te habría dado un cuidadoso discurso acerca de las diversas perspectivas de lo que ocurre cuando tomamos la Santa Cena. Sin embargo, en ese día, nada de eso importaba.

No me habían invitado para explicar nada. Más bien, se me había invitado a asistir y a participar. Nos invitaron a todos. El pastor nos recordó lo que Jesús les dijo a sus discípulos la noche en que lo traicionaron. Luego, fila por fila, nos acercamos para arrodillarnos a recibir el pan y el vino. Mi esposa y yo, que estábamos recién casados, caminamos al frente y nos arrodillamos. El pastor se movía a lo largo de la fila, como normalmente lo hace. Sin embargo, esta vez me fue obvio que no venía solo.

Permíteme explicar esto. Yo no tenía un sentido

peculiarmente evidente de mi propio pecado. En mi imaginación no veía con claridad particular los clavos que traspasaban las manos de Jesús. Aun así, comencé a llorar incontrolablemente. Mi cuerpo comenzó a temblar. No es que fuera la primera vez que Jesús hubiera llegado a visitarnos a su propio banquete, la Santa Cena. Sin embargo, era la primera vez que su Espíritu había quitado las escamas de mis ojos. Jesús estaba allí conmigo. Tenía que ser él. ¿De qué otra manera podría haber sentido, inmediatamente, un temor agudo mitigado con el entusiasmo mismo del gozo? ¿De qué otra manera podría saborear yo esa creciente alegría que se multiplicaba con la pesadez del pavor?

Cuando llegó el momento de volver a nuestros asientos, mi esposa, confundida y más que un poco asustada, me sujetó y me llevó de regreso. El servicio terminó y cuando comenzamos a conducir a casa, ella cautelosamente me preguntó qué había ocurrido. Casi no la oí. La experiencia había terminado, pero en lugar de dejarme satisfecho, me dejó más hambriento de la presencia tangible de Dios en mi vida. Quería volver a revivir esos momentos.

En los años siguientes, comprendí que yo no podía convocar esas experiencias. El Espíritu de Dios no está a mi servicio ni a mi disposición, más bien se mueve adonde él quiere. No obstante, sí tuve otra vez esa experiencia, y nuevamente unos cuantos meses después. No había un calendario, ni manera alguna para determinar si o en qué momento volverían a ocurrir esos acontecimientos de claridad. Solo podía atesorar cada experiencia como una señal de que Dios estaba poderosamente conmigo, brindándome su amor y su guía.

A medida que pasaron los años, nuestra familia creció y, con el tiempo, planté una iglesia. Ahora me encontraba administrando la Santa Cena. Sin embargo, eso no era todo lo que había cambiado. Nuestra pequeña iglesia se congregaba en un edificio precario. No teníamos coro, ni órgano, ni cantantes de contrapuntos celestiales. No obstante, descubrí que Dios no se revela solamente en la ceremonia del servicio de una iglesia.

Fue otro domingo como muchos. Me encontraba al frente sirviendo la Santa Cena a la congregación. Luego de recordarles las palabras de Jesús la noche en que fue traicionado, comencé a servir a mi propia familia. Me incliné hacia mi amada esposa y le susurré: “El cuerpo de Cristo, quebrantado por ti,” y rompí a llorar allí mismo. Caí de rodillas, las lágrimas comenzaron a correr y la abracé, sintiendo que los mismos brazos de Jesús nos abrazaban a los dos. Logré trasladarme hacia mi primogénita, Darby, y, nuevamente, allí estábamos con Jesús a nuestro lado. Ella sintió mi abrazo desesperado, pero no tuvo miedo. Ella también supo que Jesús estaba allí. Me volteé hacia mi primer hijo, Campbell, que ya estaba llorando. Cuando lo abracé, le recordé que Jesús nunca lo dejaría, sin importar a qué batallas tuviéramos que enfrentarnos. Luego estaba Shannon, quien se preguntaba de qué se trataba todo ese lío. Su confusión por mi reacción no se debía a que no pudiera percibir la presencia de Jesús, sino porque ella siente su presencia mucho más de lo que yo jamás la sentiré, y así es para ella todos los días.

Delaney, mi hija inescrutable, era la siguiente en la fila.

Desde su nacimiento, ella tiene una serenidad en sus ojos que ya empezaba a vislumbrarse como un espíritu suave y apacible. Cuando la abracé, logré controlar mi voz lo suficiente como para decirle en un susurro firme: “Jesús te ama, cariño, y papi también.” Ella respondió serenamente: “Lo sé, papi.”

Luego estaba Erin Claire, la comediente de la familia, cuya risa ilumina la tristeza que anida en sus ojos. Por supuesto que ella había estado presenciando estos extraños acontecimientos. Sabía que era una ocasión solemne y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. “Jesús está aquí, cariño. Precisamente aquí con nosotros,” le dije.

Después estaba Maili, la pequeñita Maili. Tenía que tener cuidado de no apretarla para no lastimarla. Sentí sus brazos alrededor de mi cuello y ella, también, comenzó a llorar. No de miedo, ni de tristeza, sino como Jesús afuera de la tumba de Lázaro, de empatía. Reilly, de apenas cuatro años, venía después. Lo levanté por encima de la barra de la Santa Cena y él me rodeó con sus piernas. “Hijo mío, hijo mío,” le dije y lo miré a los ojos. “No tengas miedo, sino recuerda que tu papi te ama, tu mami te ama y Jesús te ama ahora y por siempre.” También levanté a Donovan, el bebé. Él cabeceó durante todo el asunto, durmiendo como bebé, pero Jesús también lo bendijo.

No esperaba ser bendecido nuevamente ese día de manera tan inconfundible con la presencia de Cristo en su Mesa. Sin embargo, lo que llegué a comprender rápidamente no fue que tenía que encontrar la manera de explicarles a mis hijos lo que le ocurría a papi para que no se asustaran. En lugar

de eso, aprendí que tenía que aprender de ellos, porque ellos entendían mejor que yo que Jesús estaba, en efecto, con nosotros. Cuando Jesús dijo: “Les digo la verdad, a menos que se aparten de sus pecados y se vuelvan como niños, nunca entrarán en el reino del cielo” (Mateo 18:3), él no estaba sugiriendo que nuestros estándares son demasiado altos y que estos pequeños pueden lograr superarlos. Lo que él nos estaba diciendo es que nuestros estándares son demasiado bajos y que los pequeños nos llevan una gran ventaja.

Si te parece algo a mí, esta es una de las lecciones más difíciles de aprender. Asumo con mucha facilidad que mis estudios de las Escrituras en mi oficina me acercarán más a Dios y a su reino que pasar tiempo en el jardín de atrás jugando con mis hijos. Jesús dijo claramente que ese podría no ser el caso. Tampoco puedo dejar de pensar que una de mis experiencias más profundas de su presencia fue con mis hijos, cuando estábamos arrodillados ante él en adoración. Nada de esto quiere decir que no pase tiempo dedicado al estudio de las Escrituras y de la teología. Sin embargo, sí quiere decir que ahora tomo tiempo para detenerme a mirar a mis hijos y observar las cosas que hacen que se alinean con las Escrituras. Este libro es el resultado de esas ocasiones en que he puesto atención. Percibo que a medida que he reflexionado sobre lo que Jesús quiso decir sobre los niños y su reino, he llegado a estar más enfocado en la presencia de Dios en mis días ordinarios, tan llenos de cosas por hacer.

Mi oración es que este libro te anime también a detenerte

¡ASÓMBRATE!

y a prestar atención. Mi esperanza es que recuperes las virtudes “ingenuas” que pudieras haber perdido y que respondas a su llamado de *volverse como niños*.

*R. C. Sproul Jr.*







## SORPRENDIDO POR DIOS

[Jesús] dijo: “Les digo la verdad, a menos que se aparten de sus pecados y se vuelvan como niños, nunca entrarán en el reino del cielo”.

MATEO 18:3

¿TE GUSTAN LAS SORPRESAS? Si así es, entonces piensa en esto: Dios está lleno de ellas. Frecuentemente estas sorpresas que Dios da vienen en paquetes pequeños: en las acciones y en las palabras de los niños.

La historia de la vida y del ministerio de Jesús contiene un flujo constante de estas sorpresas, giros en las historias y correcciones a nuestra forma adulta de pensar, que se ha desviado en la dirección equivocada.

Cuando Jesús vino al mundo, ¿quién fue el primero en expresar alegría por su llegada?

No fueron los líderes religiosos, ni los profetas Simeón o Ana.

Tampoco fueron los pastores ni los reyes magos.

No, la primera expresión de alegría fue la de un bebé tan joven que ni siquiera había nacido. Juan el Bautista saltó en el vientre de su madre cuando Jesús, de igual manera *in utero*, se le acercó.

Un bebé en el útero. Un niño.

¡Qué sorpresa! El primero que apreció la gran encarnación del reino de Dios, que venía a esta tierra en forma humana, fue un niño.

De allí en adelante, el gran reino del Hijo de Dios, Emanuel —Dios con nosotros—, se expresó dentro del contexto de la humildad y no en el de la gloria real terrenal que la mayoría de nosotros esperaríamos que tuviera el Hijo de Dios.

Jesús nació en un establo, en un lugar apartado de Palestina. Piensa en esto: Jesús —el Hijo único de Dios— no respiró por primera vez en un palacio real, rodeado del esplendor que correspondía a su talla. No, su primer respiro probablemente estuvo lleno de los olores de ovejas y de vacas.

Demasiados de los que somos adultos no comprendemos totalmente la naturaleza impactante de lo que la Palabra de Dios dice acerca del Dios vivo. Leemos deprisa los pasajes bíblicos que en realidad deberían hacernos parar en seco. Francamente, esa tentación es aún mayor para los que hemos leído las Escrituras muchas veces. Somos los adultos los que tendemos a refrenar al Dios de las sorpresas al desestimar con argumentos lo que las Escrituras dicen claramente acerca de este Dios vivo.

Recuerdo cuando caí en esa tentación. Estaba estudiando

y preparándome para el ministerio. Mi profesor de Antiguo Testamento aprovechó la oportunidad para enseñarme una lección profunda que tardé un poco en asimilar. No recuerdo qué dio lugar a su pregunta, pero la recuerdo claramente. Preguntó:

—R. C., ¿tiene Dios un fuerte brazo derecho?

Debo confesar que me sentí muy insultado. No era un nuevo creyente. Había leído las Escrituras y sabía que Dios es Espíritu y que no tiene cuerpo.

—Claro que no —respondí.

Pacientemente, mi profesor dijo:

—R. C., la Biblia dice que Dios tiene un fuerte brazo derecho.

Yo todavía me sentía un poco insultado, pero las cosas parecían mejorar un poco. Pensé que entendía lo que el profesor estaba tratando de hacer. Me estaba haciendo esta pregunta sencilla para que pudiera darle un pequeño discurso acerca del lenguaje antropomórfico al resto de la clase. Me alegró saber que él sabía que podía contar conmigo para encargarme del asunto. Tal vez necesitaba de unos minutos de descanso en su enseñanza, por lo que le estaba pasando la batuta a uno de sus mejores estudiantes.

—Pues, sí, profesor, la Biblia se refiere al fuerte brazo derecho de Dios, pero entendemos que la Biblia usa frecuentemente lenguaje antropomórfico. Es decir, a veces la gente describe a Dios en términos de cualidades humanas que él realmente no tiene, para ayudarnos a entender cómo es él. La Biblia, después de todo, también dice que los ojos de Dios

recorren toda la tierra. Lo que Dios nos dice es que él es omnisciente, que él lo sabe todo. Sería uno de los errores más grandes pensar que los ojos de Dios están arriba de un par de piernas gigantescas y que recorren todo el globo como un hámster en una rueda. Cuando la Biblia nos dice que Dios tiene un fuerte brazo derecho, lo que en realidad está diciendo, pues al principio se dirigía a gente primitiva, es que Dios tiene la cualidad de la omnipotencia. Él tiene todo el poder.

Supuse que eso zanjaría el asunto. Seguramente el profesor me agradecería por explicar el concepto del poder ilimitado de Dios tan bien. En lugar de eso, él simplemente volvió a decir:

—R. C., la Biblia dice que Dios tiene un fuerte brazo derecho.

El timbre sonó, marcando el final de la clase de ese día, y yo me quedé confundido respecto a cuál podría haber sido su propósito.

Años después, Dios en su gracia me ayudó a entender lo que el profesor había tratado de inculcar en mí. Es muy cierto que Dios es omnipotente. Él tiene todo el poder. No hay poder del que él no sea la fuente fundamental. Nada puede doblarlo jamás. Sin embargo, *omnipotente* no es la esencia que se extrae de “fuerte brazo derecho.” No nos acercamos más a la verdad tomando el lenguaje primitivo y llano de las palabras *fuerte brazo derecho* y traduciéndolas como “omnipotente.” Al contrario, terminaríamos más lejos de la verdad. Si fuéramos sinceros, *omnipotente* simplemente podría ser un parámetro de un medidor de potencia, la línea más alta que

hace sonar la campana en los juegos de carnaval. Nos dice cuánto poder tiene Dios. Si el poder se ilustrara mediante un gráfico circular, Dios lo llenaría todo. Sin embargo, lo que falta en *omnipotente*, que se expresa claramente en *fuerte brazo derecho*, es la idea de propósito y dirección. Una fuerza podría ser imaginablemente omnipotente. Se necesita de una persona —no, se necesita de un *Padre*— para tener un fuerte brazo derecho. *Fuerte brazo derecho* no solo sugiere cuánta potencia hay sino cómo funciona esa energía: protege, provee y consuela. En lugar de hablar en abstracto de la fuerza, como yo tontamente hacía en el salón de clases en años pasados, la frase *fuerte brazo derecho* expresa el hecho de que Dios el Padre es una persona. En mi presunta sofisticación, no estaba dejando en claro el mensaje de Dios, sino más bien lo estaba debilitando. No estaba demostrando ser más sabio que mis antepasados espirituales. Estaba mostrándome como un tonto.

Dios no es un Dios amable y razonable que uno puede domesticar a su antojo. Él no encaja en nuestras nociones preconcebidas. Según he aprendido, tenemos que dejar de tratar de amaestrar al Dios que se supone debemos adorar. Más bien, tenemos que comprender mejor todas las implicancias de las acciones y de las palabras de Dios en las Escrituras. Dios hace lo que no esperamos. Esa es su naturaleza. Como nos dijo C. S. Lewis, él, después de todo, no es “un león domesticado y dócil.”

He aquí un ejemplo de lo que quiero decir cuando digo que tenemos la tentación de domesticar a Dios. Supongamos

que fuiste un ángel que observó cómo se desarrolló la tragedia del Edén. Habías presenciado la gloria espectacular de la creación del universo. Te inclinaste para presenciar cómo Dios formaba a Adán y cómo le soplaba el aliento de vida. Lloraste ante la belleza de Adán y Eva caminando juntos en el jardín del Edén tomados de la mano, y te conmoviste aún más cuando Dios se unió a ellos en la frescura de la noche. Luego miraste, con el corazón en la garganta, cómo la serpiente le hablaba a la mujer. Te lamentaste cuando el jugo de la fruta prohibida corrió por la barbilla de Eva y luego por la de Adán. Te tapaste los ojos para no ver la destrucción feroz cuando Dios volvió a descender al jardín para castigar a los que se habían atrevido a desobedecer su simple orden de no comer de un solo árbol. Luego oíste esto: “Pondré hostilidad entre tú y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella. Su descendiente te golpeará la cabeza, y tú le golpearás el talón” (Génesis 3:15).

No hubo truenos.

No hubo erupción volcánica.

En lugar de eso, hubo una promesa, compasión y esperanza.

Aunque pudieras haber estado muy sorprendido, sospecho que la confusión habría sobrepasado tu sorpresa. ¿Qué podría haber querido decir Dios con que se le golpearía el talón al descendiente de la mujer? Mientras te preguntabas cómo podría Dios sacar algo bueno de esta gran tragedia, ¿se te habría ocurrido alguna vez que el Hijo de Dios se haría humano, se encarnaría y nacería de una virgen? ¿Se te habría

ocurrido alguna vez la noción de que él llevaría el pecado de su pueblo sobre sus hombros? ¿Habrías pensado que eso se lograría a través de los horrores de la Crucifixión? ¿Habrías sospechado que la ira de Dios el Padre sobre los pecadores como Adán y Eva se derramaría sobre su Hijo?

Dios nos sorprende. ¿Por qué? Porque, como dice Isaías, los caminos de Dios ni siquiera se acercan a los nuestros:

“Mis pensamientos no se parecen en nada a sus  
pensamientos,  
—dice el SEÑOR—.

Y mis caminos están muy por encima de lo que  
podieran imaginarse.

Pues así como los cielos están más altos que la tierra,  
así mis caminos están más altos que sus caminos  
y mis pensamientos, más altos que sus  
pensamientos”.

ISAÍAS 55:8-9

La ilustración primordial de la Biblia sobre cuán diferentes son los pensamientos de Dios de los pensamientos de la gente promedio está en la interacción entre Jesús y sus discípulos en Mateo 18.

Al saber que pronto se enfrentaría a la agonía de la Crucifixión y que la entereza de sus discípulos sería puesta a prueba en los días por venir, Jesús comenzó a prepararlos para lo que se avecinaba. Primero, les reveló su gloria en el monte de la Transfiguración. Después, les volvió a advertir a sus



seguidores de lo que se avecinaba: lo traicionarían y moriría; pero también resucitaría.

Después de todas esas revelaciones extraordinarias, los discípulos preguntan: “¿Quién es el más importante en el reino del cielo?” (Mateo 18:1).

Piensa en esto: Jesús está hablando de su próximo sufrimiento y humillación. Ya está sosteniendo una batalla intensa con los poderosos representantes religiosos de su época. Siente el peso de la cruz que pronto tendrá que cargar, saborea ya la amargura de la copa que tendrá que beber, ¡y los discípulos le preguntan acerca de sus posibilidades de ascenso cuando llegue el reino! Se requiere osadía para hacerlo.

¿Qué hace Jesús? Él responde a su pregunta, pero al hacerlo, Jesús aprovecha la oportunidad para revolucionar el mundo de los discípulos. Recuerda que Jesús no está hablando con sus enemigos. No está hablando con las multitudes. Está hablando con sus *seguidores*. Inclusive sus propios seguidores ven el mundo y el reino venidero desde una perspectiva equivocada.

Entonces Jesús llama a un niño, lo pone en medio de los discípulos y dice: “Les digo la verdad, a menos que se aparten de sus pecados y se vuelvan como niños, nunca entrarán en el reino del cielo” (Mateo 18:2-3).

Podríamos tener la tentación de parafrasear a Jesús de esta manera: “¿Quieren saber quién será el más grande? Bueno, veamos. Primero, no será ninguno de los grandiosos y gloriosos de la nobleza romana. Tampoco será el rico ni el poderoso entre los escribas y fariseos.” Quizás en este punto el corazón

de los discípulos comienza a latir un poco más rápidamente. Todavía están en la carrera. “El sobre, por favor. Sí, el ganador del título de Mayor en el Reino es este niño.”

Esa paráfrasis habría sido lo suficientemente impactante. Sin duda habría sido tremendamente humillante. Sin embargo, eso no es lo que Jesús dijo. No dijo que las mansiones más grandes del reino le pertenecerían a los que son semejantes a los niños. Tampoco dijo que los que se parecen más a los niños se sentarán en la mesa

*“El sobre, por favor. Sí, el ganador del título de Mayor en el Reino es este niño.”*

principal en la fiesta de bodas del Cordero. El mensaje fue mucho más radical. “Si no son como este niño, ni siquiera se les invitará. No pasarán de la puerta. Olvídense de las medallas, de los laureles y de los tronos cubiertos de oro. Si no adquieren la perspectiva, la forma de pensar y el corazón de un niño, estarán en la oscuridad externa: no llorarán como bebés, sino que habrá llanto y rechinar de dientes.”

Muchos de nosotros —y yo también he sido culpable de esto— tratamos de analizar lo que Jesús dice y lo diseccionamos como hacen los científicos con un espécimen que están estudiando. Tomamos las palabras de Jesús y las pasamos por nuestras herramientas de estudio. Revisamos lo que este erudito pensó y lo que aquel hombre culto tenía que decir. Buscamos las palabras clave y cómo las usaron los griegos. Revisamos nuestros manuales de referencia y nuestros textos de teología sistemática, todo en un intento vano de hacer que el texto no implique lo que en realidad dice. Porque si

significa lo que dice, sugiere que nuestro conocimiento de lo que este erudito pensó y de lo que aquel hombre culto dijo, y nuestra capacidad de manejar diestramente distintas herramientas de estudio bíblico, no son solo inútiles, sino que muy fácilmente podrían interponerse en el camino. Si significa lo que dice, estaríamos mejor si fuéramos como niños. Si significa lo que dice, estamos en peligro de perder algo. Si significa lo que dice, vamos a tener que renunciar o al reino de Dios o a nuestro orgullo; y ambas cosas son muy importantes para nosotros.

Por supuesto que todos hacemos esto, porque somos pecadores, al igual que los discípulos. Por eso es que he trabajado duro con el paso de los años para presentar a la gente lo que llamo “El Principio de Hermenéutica de R. C. Sproul Jr.,” en otras palabras, mi principio para interpretar la Biblia. Como sabes, hay reglas confiables e importantes para hacerlo. Por ejemplo, se nos llama a interpretar la Biblia literalmente, es decir, en cuanto a sus diversas estructuras literarias. No leemos las narraciones históricas de la misma manera en que leemos poesía. No leemos las parábolas de la misma manera en que leemos las narraciones históricas. Todo eso es muy básico. El Principio de Hermenéutica de R. C. Sproul Jr. es muy sencillo: cuando leas tu Biblia y te topes con gente (como los discípulos, por ejemplo) que hace algo verdaderamente tonto, no pienses: *¿Cómo pueden ser tan tontos?* En lugar de eso, pregúntate: *¿Cómo es que soy tan tonto como ellos?* (Observa: este principio tiene mi nombre porque me he dado cuenta de lo tonto que soy.) En

realidad no hay nada nuevo bajo el sol. Todos deberíamos esperar que la clase de pecados que infectaba a la gente de la Biblia de igual manera nos infecte a nosotros, y ninguno es más común que el problema del orgullo, que frecuentemente produce estupidez.

La Biblia nos dice que la sabiduría comienza cuando tenemos temor de Dios (ver Proverbios 9:10). El temor de Dios comienza cuando creemos lo que él dice. Cuando él habla, no deberíamos tratar de escabullirnos de su Palabra. No deberíamos analizar para quitarle claridad a lo que él ha dicho. Así es con Mateo 18. Dios en Cristo nos dice que si no somos como niños, ni siquiera veremos el reino de Dios. Eso significa sencillamente que será mejor que aprendamos a ser como niños. Será mejor que no estudiemos cómo no es posible que este texto signifique lo que en realidad significa. Más bien, será mejor que estudiemos cómo podemos someternos a lo que significa. En las próximas páginas buscaremos hacer precisamente eso: considerar cómo es la fe característica de los niños; ver cómo, con el poder del Espíritu de Dios, podemos cultivar el espíritu de un niño.

Observa bien y por bastante tiempo a los niños de tu vida:

*El Principio de Hermenéutica de R. C. Sproul Jr. es muy sencillo: cuando lees tu Biblia y te topes con gente (como los discípulos, por ejemplo) que hace algo verdaderamente tonto, no pienses: ¿Cómo pueden ser tan tontos? En lugar de eso, pregúntate: ¿Cómo es que soy tan tonto como ellos?*

## ¡ASÓMBRATE!

tal vez a tu hijo o a tu hija, tal vez a tu nieto o a tu nieta, a tu sobrino o a tu sobrina. O tal vez sean los niños que pasan corriendo en el centro comercial o en los pasillos de la iglesia.

¿Cómo será tener un corazón que imita al de ellos?

¿Qué pide Jesús de nosotros?

Averigüémoslo.

